

## EL GUSTO DE LOS CLÁSICOS

Antes que nada, quisiera agradecer a la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad y, en especial, al Departamento de Letras Clásicas, por todo el apoyo que brindaron a mi generación a lo largo de la carrera.

Se me concedió el honor de hablar en nombre de mi generación; sin embargo, no me siento capaz de representar cabalmente a un grupo integrado por personas con opiniones y expectativas tan distintas. Lo único que compartimos es un enorme aprecio por las letras clásicas.

¿Qué nos atrajo a ellas? No creo que sólo haya sido el hecho de sentirnos clásicos, ni el de considerarnos privilegiados por cursar una carrera que en México sólo existe en la UNAM, ni mucho menos el pensamiento, cada vez más vacío, de que los clásicos grecolatinos son la raíz ineludible de toda nuestra “gloriosa” cultura occidental.

Pienso que lo que nos sedujo fue algo más; descartemos que, para bien o para mal, las letras clásicas implican el estudio de dos lenguas, latín y griego, que han sido utilizadas por culturas tan distantes entre sí como la micénica y la renacentista: casi 3,000 años de literatura, filosofía, historia, arte, derecho, astronomía, matemáticas, religiones... uno sólo tiene que elegir.

Cada quien podría dar las razones de su elección; hablaré de la mía. Estudié letras clásicas por amor y por odio. Aunque sólo conocía la *Medea*, sentía una idolatría irracional por Eurípides. La violencia verbal de la tragedia me tenía impresionado. Quise leerlo en su idioma original; quise enfrentarme directamente a su mundo. Una traducción de la *Medea* o una

referencia a Eurípides en un libro de historia de la literatura, me provocaban un fuerte recelo. Odiaba los autores “obligados”, las épocas “de oro”. De tanto oír “Virgilio, poeta perenne,” “Heródoto, padre de la historia”, y “Safo, la décima musa”, acabé por desconfiar de tal perfección sin límites, y por consiguiente, puse en duda que las letras clásicas fueran la base de la cultura occidental y de todos sus valores y bondades.

Yo, en lo personal, no puedo evitar ver la cultura grecolatina como una manifestación cultural, ni más ni menos importante para la conformación de nuestra cultura que la lírica italiana del renacimiento, el cine expresionista alemán o la pintura pop de los años sesenta. No me parece menos grandioso un poema de Safo que un poema de Li Po, ni inferior *El cielo protector* de Paul Bowles a *La Eneida* de Virgilio. Las críticas de Kant no parecen menos convencionales que los diálogos de Platón, ni la labor constructiva del abad Suger de menor trascendencia que la de Augusto. Y la iglesia del Póculo, de Francisco Guerrero y Torres, no es menos asombrosa que el Partenón de Fidias.

Elegí, pues, estudiar letras clásicas con la idea de acercarme a los autores sin dejarme llevar por los dogmas. Me dejé seducir por los clásicos, no porque merecieran admiración incondicional, sino para sitiarlos, para ver por qué despiertan y despertaban, ayer y hoy, tanto interés y por qué generan tantas frases hechas. Quería que los autores me hablaran en su propio ritmo, sin que fueran asfixiados por las críticas y manipulados por las interpretaciones.

No sobra decir que esta facultad me enseñó a valorar a los autores clásicos. De Virgilio aprendí que la verdadera épica es la que se libra en el interior del ser humano. Claudiano, un poeta latino poco conocido, me mostró cómo un poema puede ser transformado en un joyero. Queremón, un poeta que casi ya nadie conoce actualmente, redefinió para mí la sensualidad del lenguaje.

Quizá alguien me diga: “¿Ya ves? Los dogmas no estaban errados”. A esto yo respondería: yo no estudié letras clásicas para confirmar esos dogmas. Esos dogmas me siguen disgustando, pues sólo alejan de los clásicos a posibles lectores y han ninguneado arbitrariamente a muchos buenos escritores porque no escriben como unos cuantos genios. Todavía hay algunos por ahí que no le perdonan a Eurípides el no ser Sófocles. Tras la mayoría de estos dogmas se esconde no tanto un juicio, sino un prejuicio literario. ¿Qué necesidad tienen los lectores de confirmar dogmas y gustos ajenos? ¿No tienen ellos sus propios ojos para leer y boca para opinar?

Como egresados de letras clásicas y de esta facultad, cuidémonos de caer en el dogmatismo; nada hay más extraño a los griegos que el dogmatismo: si algo caracteriza a los buenos clásicos, es justamente su constante búsqueda de la verdad, y no la afirmación de la verdad, es su afán continuo por aprender, y no por establecer una doctrina.

No invitemos a leer a los clásicos (a nuestros clásicos, y cada quien tendrá los suyos) porque son indispensables para la formación cultural; invitemos al lector a dialogar con un hombre igual a él, para que de esta manera aprenda por qué es indispensable. No amarremos a los autores y a los lectores, dejémoslos libres, que platiquen unos con otros. Un clásico no es un clásico por el sólo hecho de que los expertos recomienden su lectura y canonicen sus obras; lo es porque tiene algo valioso que decirnos.

Quizá en estas inquietudes mis compañeros de generación estarán de acuerdo conmigo. Sin duda compartirán mi agradecimiento al personal administrativo de esta facultad, a nuestros profesores y a las autoridades de letras clásicas y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Muchas gracias.

Francisco BARRENECHEA CUADRA

